

# ARTE, HISTORIA Y TURISMO

Por

Manuel Ballesteros-Gaibrois,

Catedrático de la Universidad Complutense, Profesor de «Historia de la Cultura», de la Escuela Oficial de Turismo y Miembro de la Asociación de Escritores de Turismo.

Este es un tema que a primera vista parece que no precisa de una larga explicación. ¿Quién ignora que millones de turistas se desplazan por el mundo para admirar las obras de arte del pasado, desde las Pirámides de Egipto hasta el Foro romano, o las ruinas de Machu-Picchu? Y ¿quién no sabe también por qué motivos lo hacen? Recreo, deseo de contemplar maravillas únicas, afán de conocimiento... Pero, precisamente por su aparente sencillez —como ocurre siempre— es por lo que no se suele dar al asunto la debida profundidad, ni se analiza en sus diversas facetas y aspectos, olvidando con ello matices y detalles de la mayor importancia. Por ello, vale la pena que dediquemos unas líneas a tema tan atrayente, como perfil o programa para estudios más detenidos.

Si nos preguntamos cómo es el Turismo —cuestión que ha merecido por sí sola estudios completos— podemos contestarnos con una respuesta simple y sintética: el turismo consiste fundamentalmente en ir del sitio de residencia habitual, a otro. Pero esta simplicísima respuesta necesita completarse y aclararse, pues dicho así solamente, resultaría que la finalidad del Turismo consistiría solamente en el movimiento, en el activismo del viaje, y aunque el viaje en sí mismo ya supone un cambio, que es una de las características del objeto turístico, no podemos quedarnos en el puro viajar, sino considerar al viaje, al traslado, como el «medio» para conseguir un fin, lo que ya nos plantea una nueva pregunta: ¿Qué persigue el Turismo, cuáles son sus objetivos últimos? Porque el Turismo, en definitiva, al llevar al ser humano desde su sitio habitual a otros lugares, que son diferentes desconocidos en absoluto, o ya conocidos, está cumpliendo inicialmente una de las notas distintivas del ser humano y de sus satisfacciones: la búsqueda de la novedad, la renovación.

Pero volvamos a los fines que persigue el Turismo —y a cuyo servicio están hoy puestos todos sus recursos y fantasías— y nos encontramos con una gama de variedades. En primer lugar, el Turismo significa para el hombre, al salir de su rutina, entrar en una actividad diferente de la cotidiana, pero una actividad que podríamos llamar integral, no la mera actividad corpórea que significa, por ejemplo, la práctica de un deporte, aunque haya, como es lógico, un turismo deportivo, que lleva a las gentes a los lugares de natación, de montañismo o de ski. Se trata, como vemos, en primer lugar, de proporcionar al hombre ese tipo de oxígeno que se llama actividad y que mantiene «en forma». Pero —igualmente— el Turismo puede consistir en todo lo contrario, por paradójico que parezca, puede proporcionar descanso al ser humano. Aunque se desarrolle alguna actividad, el emplazamiento a otros lugares, el desatarse de lo rutinario de la vida de todos los días, y de sus pequeñas obligaciones (que subsisten incluso cuando se está en período vacacional), puede llevar a un tipo de descanso, de verdadero «relax», que es también, como vengo diciendo, uno de los objetivos turísticos, porque se proporciona al hombre el cambio que su naturaleza le pide.

Hay aún otros objetivos o finalidades turísticos, y aunque parezca que estamos haciendo disquisiciones banales, nos vamos aproximando cada vez más a nuestro tema. Uno de los principales objetivos, como se dice al principio, es el *Recreo*. Muchas veces usamos las palabras en su recto sentido, pero sin penetrar en su profundo significado etimológico. Sabemos que *recreo* o *recreación* es sinónimo de diversión, de entretenimiento, de satisfacción, pero conviene que recordemos qué significa re-crear, crear de nuevo, o sea, que el cuerpo o el espíritu se encuentran en una situación de nuevo nacimiento, de renovación. Y como el hombre es un ente complejo, compuesto por muy variados factores, este *recreo*, que en un comienzo pudimos tomar simplemente como una diversión, en el sentido de «emplear el tiempo», de «tomar el tiempo», se convierte en una renovación de los tejidos biológicos, si el recreo es corporal, deportivo (por ejemplo), o en un rejuvenecimiento espiritual o intelectual, si el recreo ha sido del orden estético o de conocimiento.

Si tenemos en cuenta, pues, estas finalidades del Turismo, nos damos cuenta de que en general se ha cuidado más la planificación de las organizaciones turísticas en orden al *recreo* puramente corporal o de re-

posición de fuerzas, que se ha primado el recreo estético que pueda significar la contemplación de horizontes y paisajes nuevos, pero que se ha descuidado ese otro recreo espiritual y estético, intelectual, que significa poner al viajero en contacto con la vida, el arte y las tradiciones de otros pueblos. Quizá, en nuestros tiempos, se libre de esta generalización el turismo italiano de fines de siglo y comienzos del siglo XX, pero aún éste, como veremos, dañado por una polarización museística y monumental, que, en muchas ocasiones restó eficacia a las finalidades que se oponen en esta reflexión.

Y lo curioso es que las formas más antiguas de turismo de que tenemos memoria, comenzaron por un itinerar, un moverse, un caminar, un viajar por el único placer de conocer la vida de otros pueblos, de ponerse en contacto con modos de vivir diferentes de los del viajero. Es curioso, porque precisamente en ese turismo tan antiguo, se unen ambas cosas *Turismo* e *Historia*, porque el primer viajero curioso de que guardamos recuerdo, es Herodoto, peregrino por Egipto, Mesopotamia, Persia y el Egeo, que luego llamó «historia» al relato de este viaje y de los conocimientos que en él adquirió. Vemos, por ello, que Turismo e Historia estuvieron unidos en el principio, y que hay razones, como hemos de estimar, para que volvamos a considerar ambas cosas en conjunto.

Pero, ¿qué fue, siguiendo con el ejemplo anterior, lo que trajo a Herodoto a visitar países? No fue, sin duda, ninguno de los principales motivos que hoy movilizan a masas de turistas por el mundo: el descanso, el clima más agradable, la práctica de ejercicios físicos, o el simple afán de moverse, sino otro muy poderoso, que ha puesto en infinidad de ocasiones a los hombres en marcha hacia países desconocidos y que no es exclusivamente al afán de aventura o de lucro. Este motivo es lo que Chinard, profesor de Cincinatti, y otros, han llamado el *exoticismo*.

Si nos preguntamos que es el *exoticismo*, debemos comenzar por decirnos qué es lo exótico, para ver, luego, la gran influencia que esto tuvo en los movimientos humanos sobre la tierra, los desplazamientos y los viajes. *Exótico* es todo aquello que es ajeno a nuestra vida, a nuestra cultura y nuestras tradiciones: lo chino y lo africano es exótico para el europeo, lo mismo que lo europeo es exótico para el asiático o el africano. Y el hombre tiene los ojos, como dijo un escritor, cargados con el tedio y la costumbre; lo propio, por conocido o por per-

tenecer a los patrones de su propia cultura, los «pattern», que dicen los antropólogos, le resulta aburrido, cargado de cotidianidad, y ansía conocer, establecer contacto con lo exótico. Unas veces lo exótico «viaja» por sí mismo, llega a los mundos recíprocos que no se conocen; viaja y llega a través del comercio, pero ésto no le satisface suficientemente al ser humano, que busca, con un propio desplazamiento, la realización de su deseo de establecer contacto, de «embeberse» en lo exótico, a lo cual —con su imaginación— carga con un significado nuevo de misterio y aventura, que muchas veces lo exótico no posee en sí mismo, pues, no debemos olvidarlo, lo exótico lo es por contraste con otras culturas, otras tradiciones y otros modos de vida. Y ya llegado a este punto, en que hemos afirmado que el exotismo es la atracción que lo exótico ejerce sobre el ser humano, ansioso por conocer otros horizontes y otras tradiciones, entramos ya de lleno en contacto con la Historia, puesto que estas tradiciones y formas culturales, diferentes en cada sitio, y que se atraen recíprocamente, no son otra cosa que el poso de la Historia, y su manifestación más clara es la pervivencia cristalizada del tiempo, traducida en el Arte.

No es necesario que repita lo que todos sabemos, y que figura en los libros que, dedicados a tal fin, tengo escritos, que la Historia es el conjunto de todos los actos humanos, en todo tiempo y en todo lugar. Allí donde el hombre está, se va produciendo la Historia, que es algo irrevocable e irreversible, que «sucede» y queda ya hecho, realizado. El resultado de estos actos humanos —no olvidemos que he dicho «todos»— es precisamente la Cultura, que aparte de ser una actitud dinámica del ser humano (los animales no tienen cultura y repiten eternamente las mismas operaciones que les dicta su instinto, para construir sus nidos o sus madrigueras), es también el conjunto de las herencias acumuladas durante siglos, precisamente por infinidad de seres cuyos nombres no recordaremos nunca —los artesanos, los canteros, los ceramistas, los maestros de obras, etc.—, o por inúmeros otros que recordamos precisamente por sus obras inmortales: Cellini, Leonardo, Velázquez, Gainsborough, Fidias...

Pero —y ahí reside uno de los encantos mayores de la gran variedad humana y de su cultura— el hombre es siempre el mismo y siempre es diferente. Y aunque en todo tiempo haya de levantar templos o construir palacios, fabricar vasijas o tejer telas para sus vestidos, en cada sitio lo hará de un modo distinto, y el conjunto de estas

distinciones forman la cultura de cada pueblo, las tradiciones de cada cultura, la personalidad de cada nación. Esto es, en definitiva, lo que el turismo, orientado culturalmente, tomando de cada nación no sólo su clima, sus instalaciones hoteleras o sus condiciones deportivas, puede tener de altamente provechoso para un inter-conocimiento de los pueblos entre sí, para un recíproco respeto y amor internacionales.

Profundicemos un poco el tema, acerquémonos a los bienes que al viajero, al turista, le proporciona la contemplación directa de las grandes obras de arte que en cada nación ha ido produciendo la humanidad, como generoso legado de altísima espiritualidad para las generaciones que van viniendo, que suceden a quienes hicieron las obras de arte. Tenemos en primer lugar lo que podríamos calificar de goce estético, íntimo, de la obra artística en su contemplación directa. ¿Qué diferencia —podemos preguntarnos— hay entre *ver* en el Louvre la *Gioconda*, de Leonardo, contemplar en el Prado los *Fusilamientos de la Moncloa*, de Goya o pasearse por entre las columnas enhiestas del Panteón de la Acrópolis ateniense y su visión en fotografías excelentes, en planos de las Historias del Arte? o ¿nos contentaríamos con un Museo de Reproducciones y maquetas? La contestación es afirmativa a favor de la contemplación directa, pero ¿en qué consiste la diferencia? volvemos a preguntarnos.

La diferencia radica en ese efluvio que de sí emanan las cosas auténticas: el pincel de Leonardo que «en esa misma tela» se posó, en las sombras y evocaciones de los griegos de Pericles que «allí mismo estuvieron», en las caras de los españoles que pasean por Madrid y que tienen las mismas fisonomías que los que mueren, con los brazos abiertos, en el lienzo de Goya. Es un goce simultáneamente estético e intelectual, ya que no sólo se contempla una obra de arte, sino el ambiente que desprende de sí la obra maestra, en su auténtico original, y el contorno ambiental y cultural en que se halla —histórica y realmente— inmersa.

Esta es una de las enseñanzas que se derivan del turismo que busca el Arte, la del «recreo» estético, pero aún hay otra, que siendo de la misma índole, es más amplia y convincente. La contemplación de las obras de arte nos va enseñando en qué consiste, a través de los tiempos, y en diversos países, la sensibilidad humana, cómo evolucionan y cambian los patrones del gusto de cada época, las imposiciones de cada cultura, desde la simetría perfecta del ídolo primitivo, hasta la

soltura colorista del mural abstracto. Y otra cosa: como el Arte es una de las supremas manifestaciones de la Cultura, es sabido que por encima de los patrones y modos o modas, la Cultura es algo que se «fabrica» con tradiciones locales, por lo cual, resulta que hay además un acento personal en el Arte que se va produciendo en un mismo lugar, aunque sea en tiempos diferentes, y que puede indentificarse el arte griego desde el siglo XII a .de JC., hasta la época romana, y que el arte maya es —con sus diferencias temporales—, fiel a sus modos desde el siglo III hasta el siglo XVI, y que el arte español medieval, o el francés, o el italiano y el alemán, con las variaciones naturales de cada época, tiene una fidelidad tremenda, a través del tiempo, a sus propias tradiciones locales.

O, dicho de otro modo, que existe un arte alemán, francés, italiano o maya, identificable porque se ha producido en un determinado ámbito territorial, local y que hay que ir *alli* a verlo, a entenderlo y sentirlo. Es en este momento donde todo lo que vamos diciendo de la Cultura y del Arte incide con el Turismo, porque sólo la organización turística puede realizar el milagro de llevar a la gente, a los turistas, a los viajeros, hasta el lugar donde el efluvio de lo auténtico, de lo espontáneo, de lo tradicional, de lo histórico-cultural, se ha producido.

Y así el Turismo es el vehículo por medio del cual unos pueblos pueden llegar a tener, a través del Arte, conocimiento de la sensibilidad de los otros pueblos. Por este mismo camino, y por las mismas razones, el Turismo nos aproxima a la Historia, como vamos a ver, o deber cumplir la misión de acercar al turista a la Historia, en su dimensión de herencia y pasado de los pueblos y, también, verdadera explicación de su personalidad actual como tal pueblo.

No es necesario insistir en que la Historia es el proceso humano en virtud del cual se ha ido sedimentando sobre una misma tierra la herencia de las generaciones pasadas, aunque éstas pertenezcan a razas o pueblos distintos. Sobre el suelo egipcio se acumulan las tradiciones de los faraones, los griegos de Alejandro y los discípulos de Mahoma. Estas tradiciones no son sólo el «folklore» o tradiciones populares, sino que su huella está visible en los templos de Karnak, en las columnas de Alejandría o en las mezquitas de El Cairo. Si por medio de la Historia nos aproximamos a la personalidad actual de las naciones, ha de ser a través de estas huellas tangibles que la Historia deja, en forma

de las obras materiales o artísticas, de los hombres: ciudades, fortalezas, sistemas de cultivo, etc.

Se llega a este entendimiento, como en el del goce estético de las obras de arte, según dijimos, por el camino directo de la experiencia personal, que la visita turísticamente planeada —aunque el disfrute sea intelectual— proporciona. Ningún apredizaje teóricamente hecho nos llevará a este conocimiento de la Historia, al servicio de un mayor conocimiento del ser presente de las naciones, con tanta eficacia, como el captar este paso del tiempo y la cultura directamente, en los lugares donde se produjo. Entonces, cuando se ha llegado a este estadio o etapa, la captación del sentido histórico nos lleva a otra consecuencia mucho más amplia y de mayor trascendencia: la de romper las barreras de prejuicios que, durante siglos, han separado, por desconocimiento, a unos pueblos de otros. Si buscamos un ejemplo, en el Mediterráneo actual lo podemos encontrar, y precisamente en las infraestructuras del Turismo: los turcos. Desde el siglo XV, los turcos hacen acto de presencia —desde sus lejanas tierras uralo-altaicas— en el Mediterráneo; las flotas de las naciones cristianas se enfrentan con las flotas de la *Sublime Puerta*, al tiempo que unos y otros atacan las costas respectivas. De esto sabe mucho la historia del Levante español. Pues bien, al paso de los siglos, el medio más cómodo, eficaz, que el turismo mediterráneo puede tener hoy, son las líneas turcas de navegación.

Esto es lo que el contacto entre los pueblos, realizado a través de la movilización de miles de turistas, puede conseguir. Consigue demostrarnos prácticamente varias cosas que vale la pena analizar. En primer lugar, la evidencia de la Historia, que lo histórico es pasado, es lo que fue, que esto que *ha sido* es irreversible, es decir, que no puede volver a suceder tal y como fue (porque las circunstancias que lo determinaron fueron la reunión combinada de todas ellas, lo que no es repetible) y que tampoco podemos nosotros variarlo, porque «ya pasó». Y junto a ésto, que las cosas que fueron tuvieron su razón de ser. Es decir, nos aproximamos a la Historia despojando a ésta de la pedantería mayestática de la erudición y de los datos, «entendiéndola», comprendiendo que los pueblos son hijos de la Historia, pero que no hay que vivir esclavos de ella, «chauvinísticamente», ni tampoco a espaldas de ella.

Esto significa que el Turismo puede y debe orientarse no sólo a crear paraísos «turísticos», en el sentido general de la palabra, exclusivamente pensados y planificados para los meros recreos de que hablá-

bamos al principio, en que el viajero está rodeado de todo aquello que cotidianamente no tiene, y que busca en sus «vacances», sus «Urlaube» o en sus «permisos», pero que le deja aislado, enquistado en una brillante sociedad transitoria, que no tiene el menor arraigo con la tierra en que se halla situada, y que es idéntica a cualquiera otra de otros lugares del mundo. Debe orientarse también en la dirección de hacer llegar al turista hasta aquellos lugares donde la Historia y su huella permanente —el Arte— están presentes, con el fin de que de este modo el Turismo pueda cumplir esa alta misión que hemos venido ponderando de hacer que unos pueblos sean conocidos, amados y respetados por los otros.

Si aceptamos todo esto como evidente, como deseable y como juicioso, está claro que hemos de pensar de qué modo vamos a organizar un turismo que sirva a estos fines, estimando al final, un aspecto cultural que tiene el Turismo, y que incide en lo histórico de un modo impensado. Veamos.

En primer lugar, aceptando el carácter de aproximación a la Historia, por medio del conocimiento del Arte de los pueblos, es incuestionable que hay que intensificar las organizaciones que conduzcan a los turistas, conforme a planes severamente asesorados en este sentido, y no banalmente planeados, como sucede en la mayoría de los planteamientos actuales, hacia los lugares donde lo dicho anteriormente pueda cumplirse.

En segundo lugar, hay que intensificar también lo que podríamos llamar el «turismo docente» o «escolar», en que la visita a los lugares importantes donde se ha ido *fabricando* la Historia, puedan ser visitados, con el mismo criterio que en todos los países los centros docentes organizan visitas de sus alumnos a los Museos y Bibliotecas. En 1932 —y quiero recabar esta primacía para la Universidad Española— se organizó un «cruce» por el Mediterráneo, en el que cerca de cuatrocientos profesores y alumnos pudimos visitar los hogares donde, en el Mediterráneo, se gestó la cultura de la Humanidad. Este ejemplo ha de ser seguido, y las Universidades, en contacto con las empresas profesionales del Turismo, han de reforzar todo lo que en este sentido se viene haciendo.

Y el último punto, el aspecto cultural impensado, al que hacía referencia anteriormente. Durante siglos unos pueblos han influido en otros, en sus costumbres y en su cultura, o por medio de la guerra o



por el medio pacífico del comercio. El Comercio ha sido uno de los más importantes vehículos de cultura, difundiendo por el mundo los logros y progresos de unos pueblos, para que de ellos se lucraran o beneficiaran otros, hasta donde llegaban, con su aparentemente infecunda pacotilla comercial, los mercaderes. Con ellos llegó la escritura, el uso de la moneda, las manufacturas que introducían gustos y formas artísticas.

Hoy día, sin quitarle al comercio la valía de la misma función difusora de modos y modas en el Arte, y en la cultura en general, hemos de reflexionar que el desplazamiento de millones de seres humanos, de unas naciones a otras, pese a la *standarización* que pueda significar el «uniforme» de turista, cómodo, suelto y provisto de aparatos de fotografía y cine, ha de traer similares consecuencias, y que los pueblos que reciben el impacto turístico, a la larga, se ven influenciados por las formas culturales de estos «kulturtraeger», como llamaba Frabenius al ser humano, que en realidad son poderosos vehículos de difusión e influencia cultural.

\* \* \*

Con estas reflexiones he querido, como participante en la formación de técnicos turísticos, y como Profesor Universitario, presentar una serie de puntos de vista, que me parecen evidentes, de la gran relación que puede tener el Turismo con la Historia y con el Arte, no sólo como una mera contemplación o como un mero conocimiento, sino como medio poderoso para esa necesaria comprensión y amor entre los pueblos.

## R E S U M E

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS: *Art, Histoire et Tourisme.*

L'auteur, comme participant dans la formation de techniciens touristiques et comme professeur de l'Université, montre une série de points de vue sur le grand rapport que peut avoir le Tourisme avec l'Histoire et avec l'Art, non seulement comme contemplation ou simple connaissance, mais comme puissant moyen pour la nécessaire compréhension et amour entre les peuples.

L'Histoire est l'ensemble de toutes les actions humaines en tous lieux et en tous temps. Là où se trouve l'homme, commence à se produire l'Histoire, qui est une chose irrévocable et irréversible, qui «se produit» et il reste déjà le fait accompli. Le résultat de telles activités est précisément la Culture, dont le contenu et l'étendue conservent une union intime avec les plus pures créations artistiques.

Il souligne spécialement que la mobilisation de milliers de touristes rapproche à une meilleure évaluation de l'Histoire, dépouillant celle-ci de la pédanterie majestatique de l'érudition et des données, «la comprenant», sachant que les peuples sont les enfants de l'Histoire, qu'il ne faut pas vivre en esclavage, mais non plus à son dos.

## S U M M A R Y

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS: *Art, History and Tourism.*

The author as an active member concerned with the training of tourism technicians, as well as a university professor, indicates a number of view points on the close relation between Tourism History and Art not only as a way of contemplation or simple getting acquainted but as a powerful means regarding the necessary understanding and friendship among the nations.

History is the cluster of all the human acts everywhere and through all times. History is what happened, what has been done, accomplished irrevocable, irreversible. The result of such activities is precisely what we call culture which content and scope is closely interconnected with the most purified artistic creations.

Professor Ballesteros particularly stresses the mobilization of a large part of the world inhabitants touring around it eases an approach to History, disposing this of the heavy load which represents erudition and data, reaching an understanding, concerning the countries which are the sons of History; we have neither to be their slaves nor shrug our shoulders.

## ZUSAMMENFASSUNG

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS: *Kunst, Geschichte und Fremdenverkehr.*

Der Verfasser stellt sowohl in seiner Eigenschaft als Mitarbeiter in der Bildung von Experten für den Fremdenverkehr als auch aus der Sicht des Universitätsprofessors eine Reihe von Gesichtspunkten auf, welche die mögliche Verbindung des Fremdenverkehrs zu Geschichte und Kunst aufzeichnen. Dies geschieht nicht auf rein kontemplative Weise oder als Ausdruck eines trockenen Wissens, sondern wird zu einer kraftvollen Gestaltung, welche zu Verständnis und Liebe zwischen den Völkern beiträgt.

Die Geschichte ist überall und jederzeit die Gesamtheit aller menschlichen Handlungen. Überall dort, wo es Menschen gibt, wird Geschichte gemacht, es handelt sich um etwas Unabänderliches und Unwiderrufliches, etwas, was «geschichte» ist schon eine vollzogene Handlung. Das Resultat dieser Handlungen ist eben gerade die Kultur. Ihr Inhalt und ihre Reichweite sind engstens mit reinsten künstlerischen Schöpfungen verbunden.

Der Verfasser betont, dass die Mobilisierung von tausenden von Touristen zu einer besseren Erkenntnis der Geschichte beiträgt, indem sie diese Erkenntnis von der geschraubten Schulweisheit und den Daten befreit, um «sie zu verstehen». Wir begreifen, dass die Völker Kinder der Geschichte sind, der sie sich jedoch weder unterwerfen noch sie ignorieren sollen.